

que trabajan para la institución en tareas internas. Como se observa, es un mapa de fragmentos, que puede servir de brújula para estudios demográficos en países o para etapas concretas de la historia de la Obra, que esperan aún a quien hinque el diente a esas cuestiones de una forma sistemática.

El último punto que me gustaría tocar es uno que podríamos considerar como una debilidad-fortaleza, o una fortaleza-debilidad. Como se dijo, los autores optaron por agrupar las notas al final del libro y no al pie de página. La revisión de esas notas permite comprobar que los nueve primeros capítulos (un tercio del total) se construyen sobre un eje bibliográfico más sólido y robusto que las fuentes primarias que van de apoyo. A partir del capítulo 10 (página 221 en adelante) se invierte la relación: la bibliografía se empequeñece ante el protagonismo de los papeles de archivo u otras fuentes primarias. La responsabilidad de los autores reside en haber armado un relato casi a partir de las solas fuentes de archivo.

Es mucho mérito extraer de la ingente masa documental empleada una visión panorámica de la historia de esta institución durante nueve décadas. La realidad es que la historiografía (propia y ajena) apenas ha investigado y publicado sobre la historia del Opus Dei posterior a los años sesenta. Más aún, solo ahora se está trabajando la historia de esta institución y sus gentes durante los años cincuenta del siglo xx. Un libro de esta envergadura debería haber sido una síntesis a partir de un caudal de análisis historiográficos previos. Sin embargo, gran parte de este relato es la primera aproximación general a esta historia con un enfoque científico o académico. Esto, en sí mismo, es muy audaz y hemos de agradecerlo a los autores.

Y así, podríamos ver esta *Historia del Opus Dei* como un cimiento para toda una producción historiográfica posterior. Pero también podría ocurrir que sea un sillar frágil superado relativamente pronto por análisis parciales (o también por otras historias de conjunto) que ahonden y desbrocen mejor lo que ahora González Gullón y Coverdale han iniciado. De hecho, esto ocurrirá tarde o temprano, pero no resta el mérito de haber abierto camino y prestar con este magnífico libro un notable servicio al avance del conocimiento.

Santiago Martínez Sánchez

Fernando OCÁRIZ, *A la luz del Evangelio. Textos breves para la meditación*, Madrid, Palabra, 2020, 288 pp.

«¿Quieres aprender de Cristo y tomar ejemplo de su vida? –se preguntaba san Josemaría, e invitaba a lector a preguntarse con él–. Abre el Santo Evangelio, y escucha el diálogo de Dios con los hombres..., contigo» (*Forja*, 322). En efecto, el Evangelio es un libro que permite asomarse a unos hechos del pasado que siguen activos en el presente. Lo que Jesús hizo y enseñó sigue estando vigente. Su obra salvífica se actualiza en los sacramentos y sus palabras están dirigidas a todos los hom-

bres de todos los tiempos. El lector del Evangelio no se asoma a un texto anclado en el pasado, sino que está llamado a implicarse, escuchando con atención las palabras que allí están dirigidas a él.

En cualquier lugar, también en el andén de una estación del metro, se puede encender una luz en el alma que entra en el Evangelio e inicia un diálogo con Jesús. La portada del libro que reseñamos, con su original imaginería metropolitana, ya orienta al lector acerca de lo que va a encontrar en esta obra: unas pistas sencillas y a la vez profundas que ayudan a cualquier persona a encontrarse con Jesús y hablar con él allí donde discurre su vida ordinaria.

«Lo que el lector tiene en sus manos (advierte el autor desde las primeras páginas) es una recopilación de textos breves, que se abren –y en algunos casos dialogan– con un versículo del Nuevo Testamento, casi siempre de los Evangelios» (p. 13). Cada uno de esos textos, de unos pocos párrafos, fue surgiendo, a partir de 1977, en forma de anotaciones en un cuaderno de ideas para la predicación. Nacen de la contemplación de Jesús tal y como nos lo presenta el Nuevo Testamento, pero miran al corazón de personas reales que viven en nuestro mundo. No intentan ofrecer una interpretación completa de los pasajes evangélicos ni tampoco una exégesis técnica de sus palabras y relatos. Simplemente, ayudan a iniciar un diálogo con Dios y a escuchar lo que dice a cada uno desde las páginas del Evangelio para establecer un contacto directo y personal con Jesucristo.

En mi opinión hay tres grandes líneas de fondo subyacentes en la mayor parte de las ciento veinte breves escenas evangélicas que se contemplan en esta obra.

De entrada, se aprecia un modo de acceder a la lectura del Evangelio bien arraigado en la tradición multisecular de la Iglesia y que, a la vez, tiene perfectamente asimilado el estilo propio de san Josemaría que invita a leer la Sagrada Escritura desde dentro: «para acercarse al Señor a través de las páginas del Santo Evangelio, recomiendo siempre que os esforcéis por meteros de tal modo en la escena, que participéis como un personaje más» (*Amigos de Dios*, 222). Pero, y aquí está la clave en el modo en que san Josemaría leía la Biblia, no invitando al lector a viajar con la imaginación en el tiempo para recrear un relato ambientado en un pasado lejano, sino a contemplar el mundo actual que cada uno tiene por delante, y a acudir al texto sagrado como punto de referencia para valorar en sus justas dimensiones sobrenaturales la propia experiencia.

Un ejemplo sencillo de lo que decimos. Una frase del Evangelio, «vio una gran multitud y se llenó de compasión» (Mc 6, 34), lleva al autor a fijarse en un rasgo concreto de Jesús que bien pudieron apreciar quienes fueron testigos de esa escena evangélica: «la mirada de Cristo es penetrante, profunda, compasiva» (p. 111). Pero esa observación no se queda en una admiración contemplativa de un personaje que vivió en la tierra hace más de veinte siglos, sino que conduce inmediatamente a prestar atención al mundo contemporáneo para actuar en él como otro Cristo, e impulsa a iniciar un diálogo que se desborda en oración: «Señor –podemos repetir nosotros–, necesito ver con tus ojos; ver así, como tú lo ves, el mundo, cada persona, cada cir-

cunstancia, mi propia vida... Que yo vea con tus ojos, Jesús, para advertir qué hay en mí que deba ser arrancado, añadido, mejorado, a la luz de mi filiación divina. Que yo vea con tus ojos, para descubrir cómo ayudar a quienes has puesto a mi lado, para ser custodios los unos de los otros. Para sostener a cada uno de mis hermanos y hermanas. Que yo vea, a través de tu mirada, cómo mejorar el trabajo y cada asunto particular que debo afrontar» (pp. 111-112).

En estas palabras que acabamos de citar se explicitan también las otras dos grandes líneas que recorren transversalmente todas estas consideraciones. Una de ellas es la conciencia viva y real de la filiación divina. Por ejemplo, entre los motivos de agradecimiento a Dios que se enumeran, ocupa un lugar destacado el «Gracias, Señor, por tu gracia –tu perdón–, tu providencia, tu amor: gracias por la filiación divina» (p. 39). Al hablar de los motivos que tenemos para estar siempre alegres, vuelve a hacerse explícita la consideración de nuestra filiación divina: «Nada hay en esta vida que pueda disminuir la verdadera alegría de los hijos de Dios, ni siquiera las adversidades externas, obstáculos, dolores, incomprensiones, injusticias... La filiación divina tiene una dimensión escatológica precisa: nos hace comprender con luz nueva que lo definitivo vendrá después de la muerte; que lo de ahora, siendo ya una realidad, todavía no ha alcanzado su plenitud, la plenitud de la gloria de los hijos de Dios» (p. 63). También cuando se pondera todo lo que nos une a María se señala que «Ella es nuestra madre precisamente en cuanto somos hijos de Dios, hermanos de Cristo: nuestra filiación divina es a la vez filiación a nuestra Señora, como Jesús manifiesta desde la Cruz» (p. 259).

Inseparable de la filiación divina es la conciencia de nuestra pertenencia a la Iglesia: «nuestro nacer como hijos de Dios es *ex Deo*, pero también *ex Ecclesia*. Somos hijos de Dios en cuanto que somos hijos de la Iglesia, y viceversa: una cosa supone y lleva consigo la otra. La maternidad de la Iglesia es, en cierto modo, una expresión o manifestación de la paternidad divina respecto a sus hijos adoptivos. Esta filiación nuestra tiene –también por designio divino– una continuación o manifestación en la necesaria filiación de los cristianos con el Romano Pontífice, verdadero ‘padre y maestro’» (p. 53).

De ahí deriva la tercera línea de fondo a la que hacíamos referencia, y que recorre de un modo u otro muchas de estas consideraciones. Viene formulada por el propio autor en las palabras de presentación con las que se abre este volumen: «Conocer a Jesús es una experiencia personal pero no solitaria. Junto al Señor, nos acompañan las personas que le trataron durante su vida en la tierra y a las que esa relación transformó. En el acercamiento a Cristo, encontramos también al prójimo que convive con nosotros en el mundo presente, hermanos a los que Él busca con amor: Jesucristo habla con todos» (pp. 15-16).

La luz de Dios que se enciende en la lectura del Evangelio nos hace ver con claridad que nada ni nadie puede resultarnos indiferente: «Asombra ver a Cristo conmoviéndose al encontrar el cortejo del hijo de la viuda de Nain: ‘El Señor la vio y se compadeció de ella. Y le dijo: –No llores’ (Lc 7, 13). Como el amor, la compasión es

creativa y expresa el deseo de ‘apropiarse’ del sufrimiento del amigo para hacérselo más ligero; palabras, silencios, escucha, gestos, presencia, recuerdo, ofrecer una oración, un servicio...» (pp. 97-98). De ahí que, ante una necesidad ajena la primera reacción sea análoga a la del buen samaritano en la parábola de Jesús que, al ver a aquel hombre malherido, «lo montó en su propia cabalgadura, lo condujo a la posada y él mismo lo cuidó» (Lc 10, 34). «El Señor nos conceda que, en esas circunstancias [ante quien esté necesitado de ayuda], la actitud primaria sea pensar qué necesita la otra persona, qué le haría bien, qué le haría feliz... Por ejemplo, ante un accidente de tráfico con heridos: ¿qué necesitan? Como el buen samaritano, que no pensó cuál era su obligación, sino qué necesitaba el herido: untar las llagas con aceite y vino, llevarlo a la posada, adelantar dinero al posadero...» (pp. 147-148).

En suma, estamos ante un libro revestido de sencillez, pero donde se puede detectar una sólida teología bien insertada en el mundo contemporáneo, presentada en escenas breves que se leen con gusto a la vez que remueven el alma, e invitan a vivir el Evangelio dejando que proyecte su luz en las más variadas circunstancias de la vida corriente.

Francisco Varo

Gabriel PÉREZ GÓMEZ, *Álvaro d’Ors. Sinfonía de una vida*, Madrid, Rialp, 2020, 712 pp.

El periodista Gabriel Pérez ha publicado una biografía del prestigioso jurista español Álvaro d’Ors (1915-2004). Tercer hijo del pensador y ensayista Eugenio d’Ors, Álvaro d’Ors fue un reconocido experto en los campos del derecho romano, la epigrafía y la papirología jurídicas y, en general, la Antigüedad clásica. Trabajó también en teoría del derecho, derecho canónico y teología política. Álvaro d’Ors formó parte de ese pequeño puñado de pioneros que puso en marcha la Universidad de Navarra y fue uno de los primeros miembros supernumerarios del Opus Dei.

Tras más de quince años de minucioso trabajo, Gabriel Pérez nos presenta una biografía muy bien documentada y ambientada, escrita casi en su totalidad a partir de documentos inéditos, entrevistas a personas próximas al biografiado (muchas de ellas ya fallecidas como José Orlandis, Amadeo de Fuenmayor, Javier Nagore o Federico Suárez), así como de su propio conocimiento: el autor es yerno del biografiado y lo trató asiduamente por más de treinta años.

De todas las fuentes empleadas, dos destacan con luz propia: el epistolario de Rafael Gibert, compuesto por más de mil cartas, y unos cuadernos, que suman ocho mil páginas, en los que d’Ors escribió notas y reflexiones durante la mayor parte de su vida. Don Álvaro gustaba decir que tenía el *tic* de la escritura, que pensaba escribiendo. Esto explica que el material existente sea muy abundante y que el bió-